

Ignasi, otro vecino, explicó que el poeta había ido esa misma mañana a pagar una factura en la tintorería. "Como si quisiera dejarlo todo arreglado", dijo.

El escritor ya lo había dejado todo arreglado desde hace años, con su vasta y sentida producción poética, de marcado corte social y que dominó la literatura de los años 50 y 60. "Con José Agustín no muere sólo un poeta, sino todo un grupo literario", resumía ayer el escritor y periodista Llorenç Gomis. José Agustín, nacido en Barcelona en 1928 en el seno de una familia vasco-cubana, era el mayor de un trío de hermanos escritores que completan Juan (1931) y Luis Goytisolo (1935), una saga que ha marcado la literatura española contemporánea.

Nostalgia y emotividad, no exenta de sátira y sarcasmo, marcaron una trayectoria poética, iniciada en el actual patio de Letras de la Facultad de Derecho de la Universitat de Barcelona, recinto donde no pudo acabar la carrera porque las autoridades académicas franquistas le expedientaron por sus actividades políticas.

Goytisolo arrancó la poesía de la noñería en la que la había sumido la literatura poesía oficial, como hicieron todos los escritores de la autodenominada Escuela de Barcelona. Lo demostró en *El retorno* (1955), su primer libro, que tenía también su trasunto íntimo: eran una elegía dedicada a su madre, muerta en el bombardeo del cine Coliseum de Barcelona en 1938.

Problemas económicos

Tenía entonces 10 años. "Tuve que levantar más de 50 sábanas en el Clínic para encontrar el cadáver", recordaba. Incluso en el momento de su eclosión, los años 50, imperó el desánimo: "Pasé por problemas políticos, económicos y personales. El litio y el alcohol fueron dos compañeros de esa época oscura que pasó pronto", dijo hace poco.

Salmos al viento (1958) y *Clarith* (1961) agrupados ese mismo año, junto a *El retorno*, en un significativo título, *Años decisivos*—significaron el despegue de una obra extensa, de una veintena de títulos, entre ellos *Del tiempo y del olvido* (1981), *Novísima oda a Barcelona* (1992) y, sobre todos, *Palabras para Julia*. Esa trayectoria se vio jalona por multitud de premios, entre los que destacan el de la Crítica en 1993 por *La noche le es propicia* y, el Ciutat de Barcelona (1996).

Su febril actividad como traductor, editor y difusor de poesía era el fruto de una manera de ser. "Que se olviden de mí, pero que recuerden mis poemas", solía decir. Pero nadie quiso ayer obedecerle. "Estoy desrozada. Nacimos literariamente juntos", articuló Ana María Matute. "Ha contribuido de forma decisiva a la cultura catalana, con apuestas y riesgos personales muy evidentes", admitió el alcalde Joan Clos.

"Era un fuera de serie: tenía una ternura tremenda. Por eso su muerte ha sido un palo muy raro", definía el cantautor Luis Eduardo Aute. "Su poesía, que siente más próxima a mi corazón, denotaba una sensibilidad especial", dijo Antonio Gala. El conseller de Cultura, Joan Maria Pujals, habló de "gran pérdida". "No quiero compartir este sentimiento con nadie", resumió su hermano Juan.

ARTURO SAN AGUSTÍN
Barcelona

Vivió, bebió y quemó. Quizá fumó. Fue incluso cazador. Anduvo por alguna revolución africana armado sólo con la palabra y también en Cuba las muchachas decían sus versos. Nos descubrió muchas cosas. Que hay lobos buenos y corderos malos, por ejemplo. Nos descubrió que hay piratas horrores. Y brujas hermosas. Nos enseñó que la alegría se llama canción. Respetó a los poetas que escriben textos celestiales con efebos y flores exóticas, pero él cantaba a esta vida nuestra que es sucia y radiante.

Tuvo una perra que se llamaba Negrita. Y entonces, cuando todo aquello, también en Barcelona ellos eran pocos. Entonces, cuando los tiempos grises y encogidos, eran pocos, pero hacían mucho ruido. Eso lo sabía hasta aquel Carlos Barral, que en Suecia se vistió de almirante para que su amigo José Agustín Goytisolo le escribiera un epígrafe: ese en el que niega que aquel mucho ruido de aquellos pocos fueran fantochadas de hijos de papá. Tiempos del General. "El General fue aquí un hombre muy odiado/ pero aún sigue en la plaza su enorme estatua ecuestre./ Esto es algo indignante y no por su crueldad/ sino porque él fue siempre un pésimo jinete."

Llamó diablo blanco al obispo de Roma y de los aeropuertos. Defendió a sus hermanos. Creía que defraudar al Estado o cobrar comisiones son delitos más graves que matar a navaja. Mostró a la gente sus dos caras: las locuras y un cierto perfil de rey mendigo, pero renunció a ambas cuando creyó que la vida se

El poeta opinaba que la mujer era tacto, caricia. Del hombre decía que era sólo una mano. O quizás dos, pero sólo manos

le escapaba.

"Yo naci en Catalunya. Tengo sangre de vasco/ de cubano de inglés; pero soy español;/ el nombre de mi patria jamás lo escribí en vano;/ porque el ¡España, España! lo gastaron los poetas". Así se retrató en un epígrafe, ese poema que para él era como diez limones formando un caramelito.

Ay, José Agustín. Nadie pronunciaba mejor que tú la palabra *muchacha*. Nadie. Por eso todas las muchachas te leían y entendían. Te leían hasta en el metro de la amanecida, ese que se dirige al trabajo que menos gusta. Te leían tanto que muchas de sus hijas, las muchachas de ahora mismo, se llaman Julia. Acaba de decírmelo otro amigo tuyo, Joaquín Marco: "José Agustín era una bellísima persona. Y es el poeta más importante del grupo barcelonés. Quiso llegar a un público mayoritario y lo consiguió".

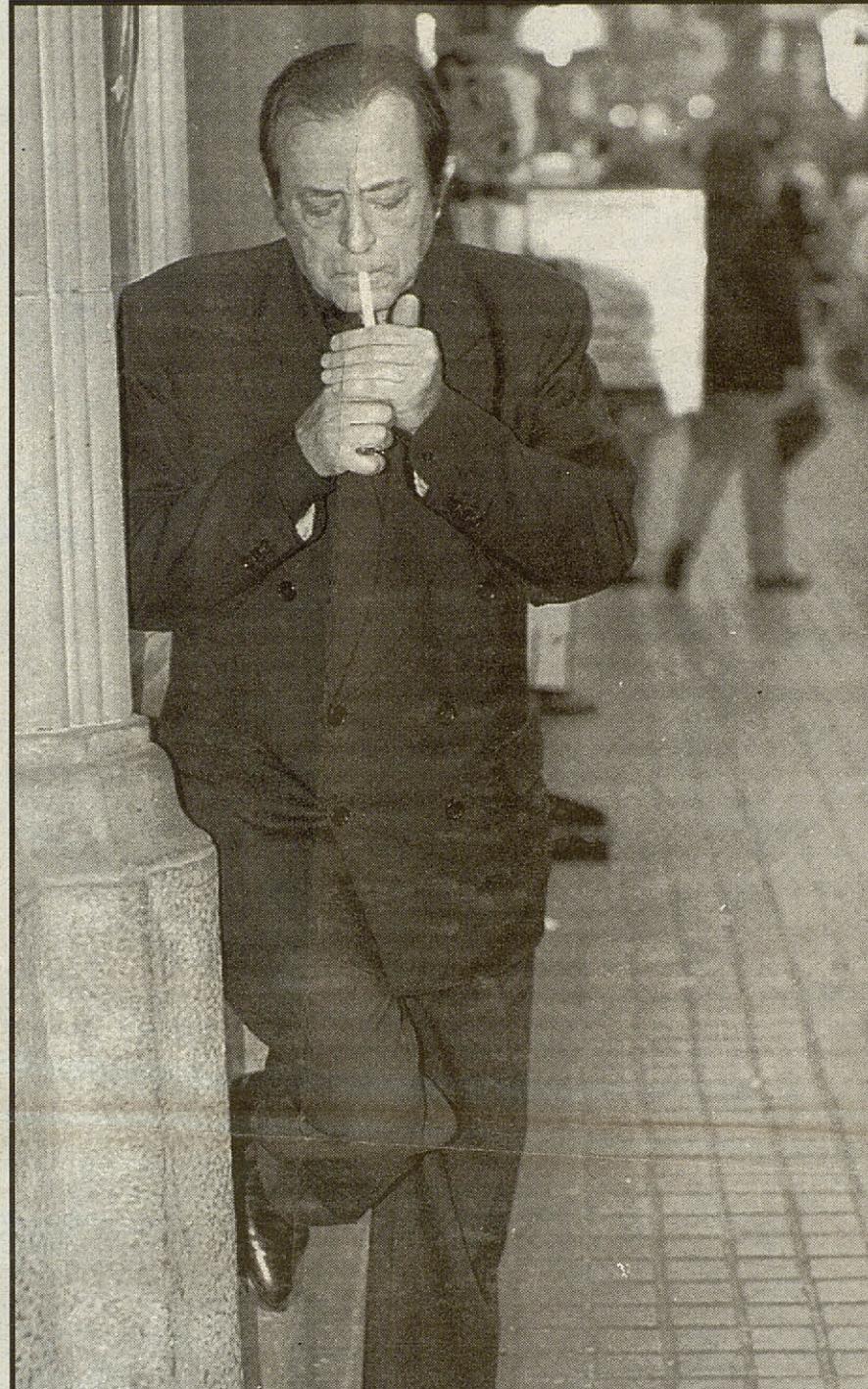
Nadie como tú sabía llamar *reina mora* a cierto poeta que creía reinar en un café. Tú, José Agustín, que, cuando descubriste que todo tenía que servir para algo, te llevaste un enorme disgusto. Porque tú pensabas que el único sentido de la vida era no tener sentido. "Por mi mala cabeza yo me puse a escribir. Otro, por mucho menos, se hace guardia civil".

El poema y no tú, José Agustín. Por eso escribo leyéndote. El poema y no tú. Porque siempre insistías en ello. Porque así lo dejaste escrito, Pepito. Temperamento, siempre de negro y nicotina. El poema y no tú también en este momento amargo en que las televisiones y las radios nos recuerdan que a pesar de los

El cantor de la vida

A José Agustín Goytisolo le gustaba que hablaran de sus poemas, no de él

ARCHIVO / CARLOS MONTAÑÉS



José Agustín Goytisolo, en una calle de Barcelona, en mayo de 1994.

EL POEMA

A principios de los 80, estas "letras para cantar", como las definía su autor, fueron musicadas por Paco Ibáñez, que con su voz rota les dio un tono de lamento. Era un temblor que siempre causaba una gran impresión al público. Seguramente son los versos más populares de Goytisolo.

Palabras para Julia

Tú no puedes volver atrás, porque la vida ya te empuja como un aullido interminable.

Hija mía, es mejor vivir con la alegría de los hombres que llorar ante el muro ciego.

Te sentirás acorralada, te sentirás perdida o sola, tal vez querrás no haber nacido.

Yo sé muy bien que te dirán que la vida no tiene objeto, que es un asunto desgraciado.

Entonces, siempre acuédate de lo que un día yo escribí pensando en tí como ahora pienso.

Un hombre solo, una mujer, así tomados de uno en uno, son como polvo, no son nada.

Pero yo cuando te hablo a tí, cuando te escribo estas palabras, pienso también en otros hombres.

Tu destino está en los demás, tu futuro es tu propia vida, tu dignidad es la de todos.

Otros esperan que resistas, que les ayude tu alegría, tu canción entre sus canciones.

Entonces, siempre acuédate de lo que un día yo escribí pensando en tí como ahora pienso.

Nunca te entregues ni te apartes junto al camino, nunca digas no puedo más y aquí me quedo.

La vida es bella, tú verás como, a pesar de los pesares, tendrás amor tendrás amigos.

Por lo demás, no hay elección, y este mundo, tal como es, será todo tu patrimonio.

Perdóname, no sé decirte nada más, pero tú comprende que yo aún estoy en el camino.

Y siempre, siempre, acuédate de lo que un día yo escribí pensando en tí como ahora pienso.

pesares todas las Julias seguirán teniendo amigos, amor, amigos. El poema y no tú en este momento en que acabo de hablar precisamente con una Julia, la compañera de Paco Ibáñez.

Paco estaba fuera, de viaje. Julia, su compañera, se ha puesto a llorar y sólo ha acertado a decir: "No puede ser". Pero es. Ha sido. Mensajero de ti este viernes, poeta. Paco estaba fuera, de viaje. "Paco no es más apuesto que yo ni más simpático:/ siempre anda desastrado; llega tarde a las citas/ y me espanta las novias. Algo tendrá que ignorar./ Es mi amigo más fiel pero que ande con ojo". Paco Ibáñez, su guitarra, su voz despeinada y sus *Palabras para Julia*, que es el himno de una generación que se creyó sus propias barbas. Tendrás amigos, tendrás amor, tendrás amigos.

"Hay quien lee y quien canta poemas que yo hice/ y quien piensa que soy un escritor notable./ Prefiero que recuerden algunos de mis versos/ y que olviden mi nombre./ Los poemas son mi orgullo". También te sentías orgulloso de tu mujer, Asunción, una Carrandell, que se cortó las trenzas el día que os casasteis. Bonita. Muy bonita y fina como una yegua. Así la describías. "Tenía un pelo muy bonito".

Ay, José Agustín. Tu cuñado Luis Carrandell, desde Madrid, a punto de tomar un avión, tampoco reaccionaba. "Pepe tenía una sensibilidad enorme. Era hipersensible. Nunca pensé que fuera posible lo que acaba de suceder".

Carme Riera tampoco acertaba a hablar desde su Mallorca. "Me siento culpable. No sé por qué, pero me siento culpable. Más que hablar de él, hemos de hablar de sus poemas. Eso es lo que a él le gustaba, eso es lo que

Sus palabras forman parte de la biografía de una generación que no fue la mejor pero sí quiso serlo

hemos de hacer". El poema y no tú. Ya ves que tus amigas te conocían bien. "José Agustín escribió que lo que perdura es la evocación, no la vida".

Te leo. Te sigo leyendo o diciendo. No envidiaste al altanero y bravucón Mesía, pero sí compadeciste a De Pas porque sufrió de amor. Nunca pudiste olvidarla. A tu madre nunca pudiste olvidarla. Nunca. Murió siendo tú un niño y a veces creías verla. Al perder su calor siempre pediste afecto; siempre aguardabas ternura. Por eso, escribiste, te rodeaban amigas; más que amigos. Más amigas que amigos.

Acabo de hablar con otra de tus amigas. Con Carmen Martín Gaite, José Agustín. "No me digas. Pero qué horror. Si acabo de escribir un artículo para un homenaje que le iba a hacer una publicación. Qué cosa tan terrible. Pero si le había escrito una cosa muy bonita".

El poema y no tú. "Su familia le quiere: no se sabe el porqué, ya que ha sido mal hijo mal hermano y marido, mal padre y ahora un viejo abuelo cascarrabias./ Quizás en sus desvaríos guarda algo de ternura". Siempre aguardabas ternura. Y comparabas a los católicos con los comunistas. Mentiste diciendo que te amaban, pero siempre regresaste a ella. Eso escribiste cuando ya no eras un fatuo.

"Ciento: nunca he servido para nada, joh amigos!/ Si servir para algo es calentar la silla/ de un Banco o Notaría, en verdad que no sirvo./ Pero sí sé sentarme para escribir poemas". ■